

XVI

Sobre crítica histórica

La oscuridad de lo presente

Lo habréis oído muchas veces: “Eso se pierde en la noche de los tiempos...”, “Esta es materia muy oscura, porque es muy antigua”.

Por el contrario, ¡con cuánta frecuencia nos dicen historiadores y analistas: “Viniendo ya a cosas más recientes y por lo tanto mejor conocidas!” O aquello otro: “Hablo de lo que yo mismo he visto o de lo que me han referido testigos oculares de los sucesos.” Y ya con esto creen indiscutible su relato, como si las cosas, por el mero hecho de estar próximas o presentes, hubieran de ser necesariamente más fáciles de conocer e interpretar.

¿Será esto así? ¿No sucederá que cabalmente la proximidad de los sucesos nos impida verlos mejor?

Para apreciar en toda su amplitud un edificio de vastas proporciones es indispensable contemplarlo a cierta distancia, que permita abarcarlo en su conjunto y en sus relaciones con las cosas que le rodean. Sólo entonces cabe fallar acerca de la armonía o de la falta de ritmo, que ha presidido a su construcción. Sólo entonces podrán ser valorados con justeza muchos de sus aspectos y circunstancias.

¿No ocurrirá lo mismo y con mayor razón cuando se trate de los grandes sucesos históricos de carácter político, social o económico? ¿No será igualmente ne-

cesaria esta lejanía del tiempo para fallar en definitiva sobre el mérito e importancia de los personajes históricos?

Dejo a un lado la consideración, harto elemental, aunque por desgracia muy verdadera, de que las pasiones, aun las más nobles, y el mezquino juego de los intereses son otros tantos factores que contribuyen a enturbiar la visión de los hechos contemporáneos.

Es que, aun tratándose del observador más penetrante y más imparcial, le faltarán siempre poderosos elementos de juicio si la materia de su estudio son las cosas presentes. Para conocer éstas en todo su valor no basta averiguar sus circunstancias externas; será preciso conocer igualmente sus causas y consecuencias.

“Por los frutos los conoceréis”, dijo Jesús hablando de los hombres. Otro tanto hay que decir de las instituciones y de los dramas de la Historia.

¡Cuán vigorosamente expresó el divino Hipócrates la triste deficiencia de las observaciones humanas sobre los hechos, que en perpetuo “devenir” se deslizan y escapan ante nuestros ojos!: “La ciencia es larga, la vida corta, fugaz la ocasión, peligrosa la experiencia.”

¿Qué es, en definitiva, el presente sino una mera superficie ondulante e insegura de un vasto océano de tiempo, que se pierde en las profundas capas del pasado y ha de ser anegado por otras no menos caudalosas en lo por venir? ¿Qué sino el eslabón de una cadena, cuyos interminables anillos van del Infinito al Infinito? Es, en suma, la escena incompleta y efímera de un inmenso drama, cuyos fragmentos carecen de sentido si no abarcamos con penetrante mirada un largo espacio de tiempo, de enlaces, de antecedentes y derivaciones.

¡En cuántos casos tendrán que rectificar las gentes venideras nuestros superficiales juicios sobre los hechos actuales! ¡Cuán necesario ha sido igualmente modificar los fallos que dictaron nuestros antepasados sobre hechos y personas de sus respectivas épocas!

Diógenes Laercio atribuye a Tales de Mileto esta frase, digna ciertamente de un sabio de Grecia: “De los seres, el más sagaz es el tiempo, porque todo lo descubre.”

Sí; descubre que fueron dignas de ser quemadas no pocas cosas que adoraron los pasados siglos y merecedoras de veneración algunas de las que redujeron a cenizas. Cenizas fecundas, de las que acaban por resurgir a nueva vida, vida de inmortalidad, los sabios y los justos, que inmoló el fanatismo o destruyó la envidia de sus contemporáneos.

Como que la mejor prueba de la falta de sazón para que los hombres juzguen lo presente es que casi siempre lo juzgan mal. Y lo juzgan tanto peor cuanto es más excelso y encumbrado. Sus contemporáneos premiaron a Sócrates con la cicuta, a Cicerón con la proscripción y el hierro homicida, a San Pablo con el martirio, a Dante con el destierro, a Servet con las llamas, y a tantas otras personalidades eminentes del Arte, de la Ciencia y de las Letras con el hambre, el olvido y la iniquidad.

Muy bien ha dicho Víctor Hugo:

Sans monter au char de victoire
Meurt le poète createur.
Son siècle est trop près de sa gloire
Pour en mesurer la hauteur.

Pudo haber añadido que los hombres de talento han de poner exquisito cuidado en hacerse perdonar su superioridad sobre los demás. Antes que admiración, el talento y la virtud suelen suscitar la murmuración y la envidia de los mediocres. Sólo cuando los años han pasado y ya nada se espera ni se teme del muerto, es cuando llega para él la hora de la justicia.

¿Crueldad por parte del Autor de la Naturaleza? Antes al contrario, sabia lección que enseña a las almas selectas a no buscar el vano estrépito del aplauso, sino

el valor intrínseco de la virtud, que es ella misma su propia recompensa.

Ipsa virtus sibimet merces

Mostró, en verdad, egregia condición el ignorado autor de la *Épístola a Fabio*, que habiendo escrito una de las más bellas poesías de nuestro Parnaso (tal vez la más perfecta) supo dejar su nombre en el incógnito, mostrando soberano desprecio de las vanidades humanas.

Mucho se ha ponderado el valor histórico de los relatos, que fueron escritos por los propios protagonistas de la acción narrada. Y, sin embargo, ¡cuán distantes están de merecer crédito estas narraciones en muchos de sus aspectos y a veces en la misma acción principal! Ordinariamente valen más como documentos psicológicos que como fuentes de información segura.

El más ilustre de esta elevada categoría de escritores es, sin duda, Julio César; pero con razón se ha dicho que sus famosos *Comentarios de la Guerra Civil*, más que la historia de la misma, son su continuación. César, en efecto, no menos hábil con la pluma que con la espada, cuida constantemente de poner en ridículo a sus enemigos. Parcialidad indisculpable, aunque perpetrada con sagacidad suma y con aquel estilo, a la vez sencillo y elegante, que hacía las delicias de Marco Tulio.

Para conocer a fondo un suceso histórico no nos limitemos a consultar a los autores coetáneos del mismo. Mirémoslo, nosotros a la ventajosa distancia de los siglos y así podremos situarlo dentro del conjunto de relaciones en que se produjo y en conexión con sus efectos de todo linaje.

Estamos hoy en mejores condiciones que Salustio para conocer a fondo la conspiración de Catilina. Sabemos más y mejor que Tácito de la historia de los Césares.

Llego, finalmente, a la conclusión de que la parsi-

monia y la cautela en los juicios nunca son más recomendables que en las cuestiones de historia contemporánea. Opinar de alguna manera es forzoso, porque no en vano los sucesos cotidianos golpean fuertemente las puertas de nuestra atención; pero no pasemos con ligereza de la opinión probable al asenso absoluto y definitivo.

Hagamos más bien como Manzoni, que ante la más ingente personalidad de la historia moderna, en su famosa poesía a la muerte de Napoleón I, interrogándose a sí mismo sobre si era verdadera gloria la irradiada por aquel hombre extraordinario, se remitía prudentemente al fallo de la posteridad:

Ai posteri

L'ardua sentenza

Los analistas contemporáneos no son sino instructores y testigos de un proceso, cuya vista y fallo corresponde con más elementos de información y mayor serenidad de ánimo a las generaciones posteriores.

Siempre me han impresionado tristemente los magníficos cantos entonados a la grandeza y poderío de Roma por los poetas latinos de fines del siglo cuarto y comienzos del quinto, Rutilio, Claudiano y Prudencio. Nunca desde Virgilio había escuchado Roma enaltecimientos más bellos y elocuentes. Al oírlos parece que Roma está todavía en robusta edad, que le promete larga vida. Pero Roma no era ya entonces un imperio, sino un viejo caserón agrietado, próximo a derrumbarse. Los bárbaros golpeaban sus muros y se entraban por las mal guardadas fronteras.

¡Cuántas otras veces las épocas ensalzadas como espléndidas por los que en ellas vivieron no eran ya sino un fatídico atardecer!

Aprendamos a ser cautos en nuestros juicios y a no dejarnos embaucar por cualquier ruido sonoro o novedad aparatosa.

Más que al rodar diario de los hechos sueltos, incompletos y caedizos, acudamos en demanda de luz a los grandes principios de la Revelación y de la Filosofía y a las maduras lecciones de los siglos pretéritos, que al pasar con sus pompas y vanidades destilaron de ellas, para enseñanza nuestra, el amargo jugo de experiencias quintaesenciadas.

ELOY BULLÓN.